



HIROKO OYAMADA
JARDÍN

Traducción del japonés a cargo de Tana Oshima

IMPEDIMENTA

URAGYŪ

La planta baja estaba en silencio: mis padres debían de haberse acostado ya. Mi padre había bebido bastante y mi madre se había hartado a llorar. El abuelo estaba en su cuarto, medio dormido. El viento recorrió las habitaciones con un pitido agudo y repetitivo similar al de una flauta que sonaba a la música folclórica de las fiestas. La bombilla incandescente de la lámpara brillaba amarilla. Me pareció increíble que yo hubiera pasado cada noche en esa casa hasta que me fui a la universidad. El futón era pesado y estaba húmedo y no se calentaba nunca. Cambié de posición varias veces. Además de las manchas de humedad y moho, tuve la impresión de que el colchón había absorbido algo peor, algo que desprendía un olor indescriptible.

Esa sensación se me propagó por todo el cuerpo y, como consecuencia, tuve una pesadilla. No recuerdo bien ni la historia ni quiénes aparecían en mi sueño, pero sí que tuve muchas palpitaciones. Con los párpados cerrados, estiré el brazo en busca de ayuda. Rocé el hombro de mi marido, que dormía a mi lado, y quise agarrarlo con fuerza. «Eh», le oí murmurar esquivándome la mano. Entonces caí en la cuenta: no era posible que él estuviera acostado a mi lado. Del susto me desperté y abrí los ojos. Esa era la casa de

mis padres y yo había ido a visitarlos sola. Desconcertada, miré a mi alrededor. La habitación estaba a oscuras. Junto a la almohada vi la silueta de alguien de pie con las piernas separadas y estuve a punto de gritar. La figura tiró del cordón de la lámpara y la encendió. «¿Hasta cuándo piensas seguir durmiendo?» Era mi abuelo. Llevaba un abrigo y un chándal, y había acercado su cara a la mía para observarme. Lo que había pensado que era el hombro de mi marido era en realidad el calcetín de mi abuelo. Toda su ropa, el abrigo de algodón, el chándal y hasta los calcetines, estaba cubierta de bolas de pelusa.

«Nos vamos», dijo tirando varias veces de la entrepierna de su pantalón. Me incorporé. Se me enfrió el cuerpo al instante. «Abuelo, ¿te encuentras bien?» Mi abuelo se movía de un lado a otro. «Nadie ha dicho que me encuentre mal. Nadie me ha dicho tampoco que ibas a venir. Me acabo de enterar ahora por la abuela Sakata.» «¿Ahora?» «Estoy normal. De salud. Normal para mi edad. Abrígate bien, que hace fresco fuera. Y haz pis antes.» «¿Cómo? ¿Por qué?» «No preguntes. Venga, levántate, que nos vamos.» El abuelo dio un pisotón en el suelo, algo irritado. El techo vibró con un leve crujido.

«Voy bajando», dijo, y descendió las escaleras a buen ritmo. Consulté la hora en el móvil: eran las tres de la madrugada. Oí que se abría la puerta corrediza de la entrada. Confundida, saqué un abrigo de lana que solía ponerme cuando era estudiante y me cubrí con él. El pasillo y las escaleras estaban completamente a oscuras. La casa había sido en su origen de una única planta, hasta que se renovó y se construyó la segunda sobre lo que había sido la buhardilla, por lo que las escaleras eran estrechas y empinadas. No tenían barandilla. No sé cómo el abuelo había podido bajarlas tan deprisa. ¿Acaso no lo habían oído mis padres? Cuando por fin, con las dos manos pegadas a la pared, llegué al piso de abajo y salí a la calle, vi que mi abuelo empujaba una bicicleta echando vaho por la boca. Llevaba un gorro de lana. Oí a un perro ladrar. El aire olía a humo y el cielo estaba

extrañamente luminoso. «¿Has meado ya? Nos vamos.» «¿A dónde?» «Al uragyū.» Lo miré sin entender nada. Sus ojos resplandecían. «¿Uragyū?» «Vamos, súbete atrás.» «¿Vamos a ir los dos en tu bici? ¿Vas a pedalear tú? Abuelo, ¿estás seguro?» «Si me canso, pedaleas tú. Yo te aviso.» El abuelo se montó en la bici. Aterrada, me subí a la parte de atrás y le puse una mano sobre el hombro flaco. «... Abuelo, ¿cuántos años tienes?» «Me da igual. Tengo ochenta y tantos, pero me da igual. Me da igual estar bien y me da igual morirme ahora o dentro de diez años.» Se había puesto en movimiento antes de terminar de hablar. Yo estaba a punto de cumplir cuarenta. Eso quería decir que él debía de andar cerca de los noventa. Resultaba increíble verlo pedalear con tanta firmeza. Enseguida adquirió velocidad. «Pobre», susurró.

Como solo llevaba mi propio equipaje, me había cabido todo en una bolsa pequeña. La última vez que visité a mis padres volví con muchos regalos, y mi marido tuvo que cargar con una bolsa enorme. Esta vez hice una parte del viaje en tren de alta velocidad, luego tomé un tren ordinario y por último un autobús, cuya frecuencia se reducía a uno por la mañana y otro por la tarde. Por primera vez en no sé cuánto tiempo, recorrí la zona comercial en torno a la estación de tren y me llevé una sorpresa al ver que muchos establecimientos tenían las persianas mecánicas bajadas. Entre un local y otro sobresalía el cartel llamativo de una famosa cadena de restaurantes. La noche anterior había estado haciendo horas extra hasta tarde y no me había dado tiempo a comprar ningún regalo, así que había pensado en comprar una tarta cerca de la estación. La pastelería tenía un aparcamiento de pago.

Me daba un poco de rabia gastarme los días de vacaciones que por fin había logrado acumular en ir a visitar a mis padres en una época tan estresante como era finales de año, pero no quería darles la noticia por teléfono. Me iba a divorciar y tenía que decírselo en persona. Esperé en la marquesina frente a una farmacia recién

inaugurada y tomé el bus de la tarde. La parada era la misma para distintas líneas de autobús y estaba llena de gente, pero yo fui la única en subirse al mío. Era un autobús que iba hasta la montaña. El interior seguía igual que antes: tanto los asientos con motivos geométricos como aquel anuncio de una tienda de muebles para recién casados que no especificaba la dirección seguían siendo los mismos.

Nada más sentarme me quedé dormida. Me desperté con frío. Miré el reloj: apenas habían pasado quince minutos desde que el autobús se había puesto en marcha. Quedaba mucho viaje por delante.

«Mañana es uragyū», oí decir en voz alta. Al tratar de identificar quién había hablado vi que había un anciano calvo en la primera fila de asientos. El conductor le respondió, casi a gritos: «¿Ya? Claro, que ya es primavera.» Él también era un anciano. «Sí, ya es primavera.» Éramos los únicos pasajeros. Miré por la ventana, somnolienta. Por mucha primavera que marcara el calendario, el aire seguía siendo frío.

De hecho, las figuras borrosas que veía por la ventanilla llevaban, sin excepción, abrigos gruesos de invierno. Todo se veía desenfocado a través del cristal: la librería de segunda mano, la cafetería, la tienda de ropa para caballeros. El local de takoyaki, el de alquiler de vídeos, tan oscuro por dentro... Y de repente me di cuenta: ese autobús no estaba siguiendo la misma ruta que yo recordaba.

«Quería hacer la poda antes de marzo, pero, ya sabes, Takeshi se rompió la cadera a principios de año. Pensé que podría hacerlo yo solo, pero nada; no sé cuándo voy a poder terminar. Creo que este año vamos a tener poco. Y eso que el campo está ahora en su mejor momento, pero nada; si es que no puedo subir los brazos más que esto.» «Ya, y los hombros se resienten.» «Dicen que es el cuello. Cuando se te duermen los dedos y eso, es el cuello.»

Aunque la zona me resultaba familiar, no reconocía el camino. Quizá habían abierto nuevas tiendas en los últimos años, aunque

se veían avejentadas. Por un lado, me parecía haberlas visto antes, pero, por otro, no, y conforme avanzábamos, mi confusión se fue haciendo mayor.

«Entonces ¿qué?, ¿te vas a jubilar?» «Pues no sé... No tengo ninguna afición con la que entretenerme.» El anciano calvo se rio con voz ronca. «Próxima estación: Onose, Onose», anunció el altavoz. El nombre de la localidad me sonaba, pero estaba casi segura de que no formaba parte de la ruta habitual. Como la parada no aparecía escrita en la pantalla, no pude comprobar si se escribía igual que el pueblo del mismo nombre que yo conocía. Tampoco había un mapa en el que pudiera situarlo. De todos modos, nadie pulsó el botón para solicitar la parada y no había nadie esperando fuera, así que el autobús pasó de largo sin siquiera disminuir la velocidad. «Próxima parada: autoescuela Eitoku. Seguridad, confianza y, ante todo, cortesía. Si quiere sacarse el carné, *sí, sale bien de precio*.¹ Los pasajeros que se dirijan a la autoescuela Eitoku pueden bajarse en la próxima parada.» «Por cierto, qué terrible lo del hijo mayor de Gōso. Con el coche. Y encima el pequeño es de aquella manera. Pobre Gōso.»

Intenté dibujar un mapa en mi cabeza. ¿Me habría equivocado de autobús? En ese caso, sería mejor que me bajara ya mismo y cogiera un taxi antes de adentrarme más aún en terreno desconocido. Durante un instante visualicé los sitios que conocía entre la estación de tren y la casa de mis padres: el instituto al que fui, el concesionario cuyo cartel lucía un caballo enorme... Los edificios que me servían para orientarme flotaron en mi mente sin conexión entre sí y desaparecieron.

«¿Qué le pasa al hijo pequeño de Gōso, se está cavando su propio hoyo?» «Ya ves, sí. Hicieron mal en mandarlo a la universidad. No ha salido de casa desde que ha vuelto. Yo no le he visto la cara. Mandarlos a la ciudad no trae nada bueno.» «Nada bueno.»

1. Juego de palabras intraducible. *Eitoku*, el nombre de la autoescuela, suena como *Ee, toku*, que significa «sí, sale bien de precio». (*Todas las notas son de la traductora.*)

El conductor hizo sonar el claxon. «Y el mayor, que fue el que se quedó aquí, fíjate lo que le pasó. Siempre se van los mejores.» «En ese caso, nosotros vamos a vivir mucho.» «Próxima parada: Shōnozu, Shōnozu.» Esta vez, el nombre no me decía nada. Nerviosa, levanté la cadera del asiento para ver si había algún mapa que no hubiera visto, pero no lo encontré. «¿Te vas a bajar?», vociferó el conductor. Nuestros ojos se encontraron en el espejo retrovisor. Tenía una mirada astuta y una tez bronceada. «No», respondí, y volví a tomar asiento a toda prisa. «Cuando quieras bajarte me lo dices y paro donde te venga bien», dijo. Pisó el acelerador y se saltó el semáforo, que se acababa de poner en rojo. Los autobuses de provincias te dejan donde tú les indiques, aunque no haya parada. Por supuesto era algo que yo ya sabía, y si el chófer vio necesario explicármelo fue porque me consideró una forastera. Era una observación obvia, pero me dio un poco de pena. «Disculpe... ¿Este autobús va a Suguinobō?» «¿Suginobō? Uuuy, todavía queda mucho para Suguinobō.» Si quedaba mucho, quería decir que en algún momento llegaría. Sentí un gran alivio y me relajé en el asiento. Quizá el autobús solo había cambiado un poco su itinerario. Miré por la ventana. Vi una cadena de montañas. Algunas eran de un color apagado; otras, amarillentas. Las de tono mortecino eran montes de cedros que habían sido plantados y luego abandonados, y las amarillentas estaban cubiertas por bosques mixtos mezclados con bambú. De vez en cuando se veían manchas blancas que debían de ser cerezos de montaña en plena floración.

Nos detuvimos y se subió un anciano. Tenía una gorra de los Giants² sobre la cabeza cana y probablemente terca, y llevaba una bolsa de plástico atada por las asas. El anciano se sentó justo detrás del calvo, que levantó la mano y le saludó diciendo «eh», y a continuación: «¿Cómo te va? ¿Vas tirando a pesar de todo?» «Pues ahí ando, ya todo más tranquilo. Antes de ayer se

2. Tokyo Giants, el equipo de béisbol de Tokyo.

cumplieron los cuarenta y nueve días.» «Cada vez irá haciendo más calor a partir de ahora. Oye, ¿vas a ir este año al uragyū?» Giants meneó la cabeza. «¡Pero cómo pasa el tiempo! No sé si voy a ir. ¿Y tú?» «No creo.» «Uragyū, ¿eh?» «Ya es primavera.» La conversación entre los ancianos sonaba cada vez más a un conjuro. ¿A qué se referían con «uragyū»? ¿Sería un regionalismo arcaico? O quizá se trataba de jerga ganadera que tenía que ver con la cría del ganado o algo relacionado con las vacas.³ Cuando era pequeña había en el vecindario varias familias que criaban vacas y cabras. Me pregunté si seguirían ahí. Nosotros teníamos gallinas chabo,⁴ pero ya no. Recuerdo que nos daban huevos y nos los comíamos. Empecé a amodorrarme otra vez. Sentí el frío de la franja metálica del marco de la ventanilla en mi oreja.

«¿Usted también va al uragyū, señorita?» Tardé un poco en darme cuenta de que la pregunta iba dirigida a mí. Al levantar la cabeza vi que el anciano calvo me estaba mirando. Tenía todo el cuerpo girado hacia mí, con uno de los pies en el pasillo del autobús. A juzgar por lo que se podía ver a través de su camiseta blanca, tenía un tórax delgadísimo. «Pues...», me quedé vacilando, pero el conductor intervino enseguida: «¿Para qué si no va a venir hasta tan lejos una joven forastera?». Hacía tiempo que no me llamaban joven. Antes de que pudiera responder, el anciano calvo abrió la boca. «Seguramente se quede a dormir. ¡Eso sí que es increíble!» «No es tan raro», dijo Giants. «Hasta vienen autocares turísticos. Los jóvenes traen tiendas de esas para acampar, pero las tendrán que prohibir. Hubo unos que montaron la tienda en un solar, y el dueño entró a toda mecha dando marcha atrás y se los llevó por delante. Uno murió, otro quedó herido grave y no sé qué pasó con el tercero, pero algo les pasó a los tres.» «Pero si es así, Suginobō le pillará un poco lejos.»

3. El sonido «gyū» presente en uragyū suele referirse a «vaca».

4. También conocida como bantam japonesa, la chabo es una variedad de gallinas autóctona de Japón.

El conductor giró el volante en una curva. «Qué va, se puede ir andando desde allí. Serán unos treinta minutos.» «¿Qué dices?, imposible. En bici, sí, pero no a pie.» «No me digas que sigues montando en bici. Déjate de bicis, que es peligroso. Dicen que no hay nada más peligroso que un viejo en una bicicleta.» «¿Y cómo quieres que me mueva, si no me han dejado renovar el carné de conducir?» «Pues en autobús, que para eso tenemos descuento de viejos.» Los tres ancianos se rieron. Parecían haberse olvidado de mí. Yo me quedé callada con una media sonrisa. No iba a decirles a esas alturas que en realidad estaba volviendo a mi pueblo para ver a mis padres. Un animal se cruzó en la carretera y el conductor tuvo que dar un frenazo. La gorra de los Giants cayó al suelo y el anciano quiso recuperarla estirando la pierna e intentando colocarla en la punta de su zapato para luego lanzarla al aire y agarrarla con la mano, pero la maniobra no le salió bien. Finalmente levantó medio cuerpo y alargó el brazo para recogerla. Su reloj metálico, de aspecto pesado, se le deslizó por la muñeca haciendo ruido. Giants jadeó un poco mientras se volvía a poner la gorra y dijo: «Pues antes de ayer...».

«Como mi hijo me dijo que iba a venir de visita con mi nieto, me puse con los preparativos, pero resulta que luego me suelta que no se quedan a dormir, que se vuelven el mismo día. Y fíjate que se fueron sin tomarse ni una cerveza. Y además quisieron llevarse el sutra después de la ceremonia, no sé muy bien para qué.» El anciano calvo debía de estar asintiendo: su coronilla aparecía y desaparecía por detrás del respaldo del asiento. «Entonces le dije a mi nieto... Sabéis que mi nieto se casó, ¿no? Pues le pregunté a su mujer si todavía no tenía listo el mochi⁵ y mi hijo se enfadó, me dijo que esas cosas no se les dicen a los jóvenes de hoy, pero yo no sé qué hay de malo en decirlo. Solo pregunté si todavía no estaba listo el mochi.» Esbocé una sonrisa amarga. No sabía que seguía siendo costumbre repartir mochi por el vecindario cuando una

5. Masa de arroz prensado.

familia tenía un hijo. Era cierto que el anciano no tenía mala intención, pero seguro que mucha gente se molestaba al oírlo. «Los tiempos cambian.» «Los tiempos cambiarán, pero es normal que quiera saber sobre mi bisnieto, que yo no voy a vivir para siempre. Me preocupa el futuro.» «¿Nunca sale el tema del futuro?» «No es que no salga nunca, pero... Tú tienes suerte con Takeshi, con él puedes estar tranquilo.» «No te creas, que los nietos... Yo con los nietos no me entiendo tan bien. Cuando vuelven por Bon...,⁶ hay tanto que preparar en Bon que les pido ayuda, pero entonces se enfadan los dos, Takeshi y su mujer.» «¿Ah sí?» «Me dicen que trabajan mucho en la empresa y que están cansados, y que ya que me hacen el favor de venir a verme, que les deje descansar. Me dicen que me están haciendo un favor al venir a verme. Qué ridiculez. Soy su abuelo.» El calvo y Giants soltaron una carcajada ronca. El conductor emitió un silbido con los labios y se rio. «No hacen más que regañarnos.» «Que me regañen todo lo que quieran, me va a dar igual. El problema es que, una vez se casan y se marchan, tus hijos y tus nietos se vuelven unos extraños. Por otro lado, ¿cómo les vas a decir que se queden, si aquí no hay trabajo?» «¿No quieren trabajar en el campo?» «No, no quieren saber nada de eso. Ahora hasta mi padre dice que tendríamos que dejarlo.»

Pensé en mis padres y en mi abuelo. Su única hija se marcha a la ciudad a estudiar y desde entonces ya ni siquiera regresa regularmente por Obon, y tampoco gana lo suficiente como para enviarles dinero todos los meses. A los treinta por fin se casa, pero se divorcia a los cuarenta sin haber tenido ningún hijo. Y, para colmo, les pide que pongan sus nombres como testigos en el certificado de divorcio. Si ellos estuvieran aquí con estos tres ancianos, me estarían poniendo a parir. Ellos nunca en la vida me han reprochado nada. No se quejaron ni cuando dije que me

6. Bon, también conocido como Obon, es la fiesta budista más importante de Japón. Se celebra en agosto en honor a los muertos.

iba a ir a estudiar lejos, ni cuando les conté que me iba a quedar a trabajar, ni cuando les anuncié que me iba a casar con un primogénito de allí.⁷ Nunca me preguntaron si estaba el mochi a punto ni me pidieron que fuera a verlos con más frecuencia. ¿O acaso se lamentaban a mis espaldas, con el mismo tono que estos tres ancianos, de tener una vida en la que no podían ni abrazar a sus nietos?

No quería atribuir el divorcio al hecho de que no hubiéramos tenido hijos. Era difícil saber si ese había sido el motivo. Ni a mi marido ni a mí nos quedaban fuerzas para encontrar una razón que pudiera expresarse con palabras. No es que no quisiéramos tenerlos. Pero tampoco lo estábamos deseando. A mi edad ya tengo pocas posibilidades de quedarme embarazada, aunque me volviera a casar. Pero no me sobra el tiempo como para ponerme a rumiar sobre las decisiones que he tomado o no he tomado en mi vida, sobre lo que he tenido o no he tenido. Si te casas, porque te casas; si tienes hijos, porque los tienes. Al final es imposible evitar la angustia y la infelicidad y el sufrimiento. El anciano calvo se dio la vuelta de nuevo y dijo: «Señorita». «¿Sí?», respondí.

«Señorita, ¿usted quiere tener hijos?» «¿Cómo?», dije con los ojos como platos. «¿Ha venido a eso?» Se me secó la boca. Giants se dirigió al anciano calvo con voz sibilante: «¿Pero no has oído lo que acabo de contar? Que si dices esas cosas hoy en día, te regañan. Es joven todavía, será que viene a pedir por su casamiento.» «O por sus exámenes.» «Vale, vale, me disculpo.» El anciano calvo se llevó la mano a la cabeza. Tenía la coronilla hundida como si se le hubiera abollado. «En ese caso, ¿es la primera vez que viene usted al uragyū?» Yo no entendía nada. Como me quedé callada, siguió: «Claro, ya me parecía. No hace falta que nos responda, joven, no hace falta, a ver si lo vamos a gafar», dijo

7. Casarse con un primogénito supone, según la tradición, que la mujer del primogénito debe cuidar a los padres de este y no a los suyos propios.

sacudiendo la mano delante de la cara. «No le hagas decirlo, no le hagas decirlo, que se va a gafar, se va a gafar.» «Pero si es para tener hijos, tendrá que traer también el ura de él.» «¿Ura?» «Un pelo, una uña. O una foto, mismamente.» «También puede ser hueso, con tal de que arda.» Giants se giró hacia mí. «Si es la primera vez...» Tenía la cara roja como si le hubiera dado el sol. «Si es la primera vez, lo más importante es la buena fe, seas quien seas. Que seas sincera y honesta, con la verdad por delante.» La voz de Giants se entrecortó, enredada con alguna flema. Tosió fuerte y me miró a los ojos. Sus pupilas se dilataron y se encogieron con la tos. Asentí sin querer. El anciano dijo «sí, sí», y volvió su rostro colorado al frente.

Había un edificio grande y blanco entre los arrozales. Era un hospital. El autobús se adentró entre las instalaciones, recorrió el área de estacionamiento y por fin se detuvo frente a la entrada. Los dos ancianos se pusieron de pie. Aquello no parecía una parada, y, si los dos se habían bajado sin que el altavoz anunciara el nombre del lugar, quería decir que seguramente siempre se apeaban ahí. Por otro lado, aquel era el último bus del día. ¿Cómo harían para volver? Las puertas emitieron un chirrido atroz al abrirse, como si las estuvieran desgarrando.

«Bueno, joven, hasta otra. Que vaya bien esa primera vez», me dijo el anciano calvo. «Ya sabes, la buena fe es lo que cuenta», añadió Giants con la respiración agitada. Ambos movieron los brazos bronceados en el aire como si me estuvieran dado unas palmaditas en el hombro, aunque era imposible que pudieran llegar a tocarme porque mi asiento quedaba lejos de ellos. Hice una reverencia con la cabeza. Se bajaron del autobús muy lentamente. El chófer arrancó en cuanto los dos pusieron los pies en el suelo. «Orugas, termitas, ciempiés, problemas de cañerías... Consúltenos en cualquier momento. Si quiere utilizar los servicios de desinsectación de Ñonosamu, bájese en la próxima parada.» «Y usted, joven, ¿dónde se quiere bajar? ¿En qué sitio de Suguinobō? ¿Le vale la parada de la Cooperativa Agrícola?»

«Sí.» El conductor aceleró y mi cabeza se inclinó ligeramente hacia delante. El paisaje me iba resultando cada vez más familiar. La tienda en la que compraba dulces de pequeña, el dentista, el colegio. Varias ancianas con sombreros de paja estaban sentadas hablando a orillas de la carretera.

El autobús frenó y se abrieron las puertas. Le di las gracias al conductor y me apeé. Mi madre estaba ahí para recibirme. Llevaba puesto el traje de faena y unos protectores de manos y brazos para evitar quemarse con el sol. «Hola», le dije. Mi madre no respondió y se quedó mirando el autobús que se alejaba. Solo entonces vi la figura de quien parecía una mujer joven sentada en el asiento del fondo. «Mamá, ¿qué tal estás?» «Normal, ¿y tú?» «Más o menos.» Echó a andar hacia la casa. Había unos brotes de hojas traslúcidas en el extremo de las ramas de los árboles. Entre las matas se veían de vez en cuando pequeños capullos. Mi madre los iba pisando con sus jikatabi.⁸ «¿Y papá? ¿Está bien?» «También normal.» «¿Está trabajando en la huerta ahora?» «Sí.» «¿Qué toca en esta época?» «Cebollas, tirabeques.» Había florecillas azules, moradas y blancas, y una polilla revoloteando con unas alas que parecían hojas secas. «Mamá, he decidido que me voy a divorciar», dije de forma que sonara a una decisión firme pero sosegada. Mi madre se agachó de repente, arrancó un tallo de ruibarbo de ciénaga que asomaba por la superficie de la tierra y dijo: «¿Sí?» «Sí, lo siento. Y necesito que firmes el certificado de divorcio.» «¿Yo?» «O tú o papá.» Mi madre arrancó otro tallo de ruibarbo.

Caminamos hasta la casa sin decir nada. Mi madre se fue directa a la huerta con los dos tallos de ruibarbo en el bolsillo. Yo me metí en la casa y subí a mi habitación en la planta de arriba. Las escaleras estaban siempre en penumbra, incluso a mediodía, pero mi cuarto rebosaba luz. Tanto la ventana como las cortinas estaban abiertas, y el sol bañaba todos los rincones del dormitorio.

8. Calzado tradicional para campesinos y obreros que consiste en una especie de calcetín con suela dura y con una separación entre el dedo gordo del pie y el resto.

Desde mi ventana vi a mi madre rodear el jardín y cruzar la calle para ir a las huertas que había enfrente. El colchón y la manta con los que iba a dormir esa noche estaban doblados y preparados. Me senté y apoyé la espalda en ellos para contemplar mi habitación. Seguía igual que siempre. Las cosas que más me gustaban o que necesitaba me las había llevado conmigo el día en que me mudé. Todas las cosas que quedaban carecían de valor. Le había dicho a mi madre que podía tirarlas, pero no parecía dispuesta. Yo tampoco, a decir verdad. No quería tener que ponerme a recoger y andar de acá para allá con cajas de cartón. Oí a un perro ladrar a lo lejos. Recordé la única vez que mi marido estuvo en esa habitación y cómo nos reímos mirando fotos antiguas en un álbum que saqué de la estantería. Abrí el álbum con el tapizado rosa. Yo de bebé, yo de niña, el randoseru.⁹ La cosecha del boniato,¹⁰ el campamento, el uniforme de marinera.¹¹ En mis distintas versiones aparecía siempre con la misma cara. Luego vinieron fotos mías con kimono de manga larga¹² y, por último, el banquete que ofrecimos a los familiares en lugar de una boda al uso. Cuando cerré el álbum y fui a colocarlo de nuevo en el estante, unas cuantas fotos sueltas cayeron al suelo. En todas aparecíamos mi marido y yo en el convite, y en todas había una mancha negra y redonda, como si se hubieran quemado con algo. Pensé que quizá había sido la ceniza de un cigarrillo, pero hacía tiempo que mi padre había dejado de fumar. Metí las fotos en el álbum y lo encajé entre los libros en la estantería. Sentí un escalofrío, pero no supe por qué.

9. Palabra derivada del holandés *ransel*. Se trata de unas mochilas de cuero de uso exclusivamente escolar. Todos los alumnos de la escuela primaria están obligados a llevarla.
10. Una actividad popular entre niños en la que se extraen boniatos de la tierra en época de cosecha, en otoño.
11. Es el uniforme escolar para todas las alumnas de las escuelas públicas de enseñanza media y superior (hasta los dieciocho años).
12. Kimono formal reservado para las jóvenes solteras.

Desde la ventana oí a alguien vociferar en la calle. «Pero si antes estabais caminando juntos. ¿No ha vuelto todavía?» Me di cuenta entonces de que había oscurecido y ya apenas entraba luz por la ventana. Me asomé sigilosamente: vi las siluetas oscuras de varias personas reunidas en un extremo del jardín. Por la voz supe que quien estaba hablando con mis padres era una señora que vivía cerca de nuestra casa. Llevaba mucho tiempo sin ver a mi padre y me dio la impresión de que había menguado. ¿Qué le habría dicho mi madre de mí? Contuve la respiración, y en ese momento me pareció que una de las sombras se giraba hacia mí. Volví a oír a un perro ladrar, solo que esta vez más lejos. La mancha oscura de personas se dispersó y cada uno se marchó por su lado: mi madre a casa, mi padre al cobertizo y la señora salió del jardín.

Mi abuelo no se sentó a cenar con nosotros. Ni siquiera habían sacado platos y palillos para él. «Se encontraba mal y ha estado todo el día en la cama», me dijo mi madre mientras troceaba unos taros. Los habían cultivado y extraído ellos mismos. Los trozos se fueron deslizado hacia el fondo del bol. «¿Pero está bien?» «Ahora tenemos que estar bastante pendientes porque empieza a despistarse.» Mi padre estaba cabizbajo, bebiendo un sake que había calentado en el microondas. Como ninguno de los dos decía nada, pregunté: «Papá, ¿te ha contado mamá?». Mi padre asintió y levantó la mano como para decir «no sigas». Yo continué en voz baja: «Pues así están las cosas». Nadie respondió. Los taros, ennegrecidos por la cocción, no sabían a nada, y la sopa de miso tenía un dulzor extraño. El televisor estaba encendido, pero nadie lo estaba mirando. Unos niños bailaban dentro de la pantalla.

«¿Sabéis lo que es el uragyū?», pregunté. Mi madre me miró un instante y enseguida devolvió la vista a su plato. «Pues claro», dijo. Mi padre exhaló un suspiro entremezclado con unos

gorgoritos y le dio un sorbo al sake. «Yo no sé lo que es», dije sorprendida. Nunca los había oído pronunciar esa palabra en casa y había dado por hecho que ellos tampoco la conocerían. Mi madre reaccionó con indiferencia. «Claro, es imposible que tú lo sepas», respondió mientras cogía un trozo de taro con los palillos y se lo llevaba a la boca. La salsa resbaló por sus palillos de laca rojos. «¿Imposible?» «Sí, porque todos los años lo hacemos tu padre y yo para ti.» «Silencio», dijo mi padre. Mi madre lo miró despacio y se chupó un dedo manchado de salsa. Él estaba vertiendo el cartón de sake en el tokkuri.¹³ Le temblaban las manos y se le caían gotas sobre las rodillas. Luego le pasó el tokkuri a mi madre para que lo metiera en el microondas y se limpió las manos y las rodillas con un pañuelo de papel. Entonces preguntó: «¿No podíais tener hijos?». «¿Qué?» «¿Por eso os vais a divorciar?» Posé los palillos sobre el plato. Había gente riéndose en la televisión: ancianos, ancianas, mujeres y hombres jóvenes. «¿No queríais?» Mi madre suspiró. «No es que no quisiéramos.» «¿No pudisteis?», preguntó, seco, mi padre. Incliné la cabeza ligeramente. «Entiendo», dijo, y se limpió las rodillas varias veces con el pañuelo de papel. El chándal azul marino se le llenó de hebras blancas. Mi madre colocó frente a él el tokkuri humeante. Sentí un hormigueo de dolor que se propagó alrededor de mi ombligo. Mi padre bebió el sake con la cabeza gacha. «¿Dónde están los documentos en los que tengo que poner mi sello? Tráelos. Tengo que poner mi nombre, ¿no? Pues venga, tráelos y lo pongo antes de que me emborrache.» También tenía los dedos llenos de hebras blancas.

Mi abuelo pedaleó sin mediar palabra. Las casas esparcidas aquí y allá tenían las luces apagadas. En un momento dado, el ritmo del pedaleo se alteró y me tuve que agarrar más fuerte a sus

13. Pequeña jarra de cerámica que se usa para servir el sake.

hombros. Le noté los huesos. Dejó de pedalear, con la respiración entrecortada. Un autobús pasó a nuestro lado. Pude ver de soslayo que la matrícula era de la provincia vecina. «¿Estás bien?» «A partir de aquí pedalea tú. Es todo recto.» Me senté en el sillín. No estaba nada caliente. Mi abuelo, subido atrás, pesaba mucho más de lo que hubiera creído con lo flaco que estaba. Hacía tiempo que no montaba en bici y al principio estuve a punto de perder el equilibrio. Percibí algo de humo en el aire y oí el crepitar del fuego. Continué avanzando, y mi abuelo habló de repente: «A mí... la verdad es que me da igual una cosa que otra», dijo. «¿Qué?» «A mí me daba igual lo que hicieras. Que volvieras, que no volvieras, que tuvieras hijos, que no los tuvieras, me da igual, a mí ya me queda poco. Pero tus padres no piensan así.» Iba a responderle, pero el olor asfixiante y denso del humo se me quedó atascado en la garganta y me dejó sin voz. «Mira, ya hemos llegado. Es esa casa de ahí.»

Era una casa típica de agricultores con un estandarte rojo. La tela de la bandera estaba adornada con unas letras blancas que decían: HOY ES URAGYŪ. Había mucha gente. Me puse al final de una larga cola. Un gran número de ancianos muy abrigados rodeaban el jardín formando una fila serpenteante. De vez en cuando, entre ellos se distinguía alguna chica joven o algún chico con la cara pálida. Una mujer de mediana edad cargaba en brazos un oso de peluche que, extrañamente, parecía pesar mucho. Un hombre mayor sostenía una bolsa de plástico con montones de cosas esféricas en su interior. Un matrimonio de ancianos llevaba un álbum de fotos rosado. Un perro pequeño sin correa se puso a corretear entre la gente y a dar vueltas y a ladrar. Echaba vaho por la boca. Observé a mi abuelo, que hacía cola a mi lado. Parecía estar mirando las montañas del fondo, aún en penumbra. Por los flancos se empezaba a ver un cielo blanquecino. «Abuelo, ¿por qué me has traído aquí?», le susurré. «Escucha», dijo sin desviar la mirada de las montañas. «La fe es una forma de sentir... Por mucho que tu padre y tu

madre quieran, por mucho que recen, al final lo único que cuenta son tus sentimientos. ¿A qué aspirabas yéndote a la ciudad?» «¿Qué?» «¿Qué esperas ganar con el divorcio? Solo se trata de eso. Si tienes lo que quieres, no tenemos nada más que decir.» Por fin dirigió su mirada hacia mí. Pese a la oscuridad, pude ver que el blanco de sus ojos estaba un poco amarillento. La fila avanzó de repente. Las personas fueron entrando una a una en la casa de los campesinos. Habían desmontado las ventanas y los shōji, y en el espacio diáfano de la sala ascendía hacia el cielo, temblorosa, una columna de humo blanco. Vislumbé los contornos llameantes del fuego: habían prendido una hoguera en el interior de la casa. El perro se me acercó y me olisqueó los zapatos, luego la espinilla, luego las mangas del abrigo, y, finalmente, me miró y me ladró. Cuando quise darme cuenta, mi abuelo se había esfumado.

El fuego era más pequeño de lo que había creído. Habían levantado el tatami y colocado una lona, y sobre ella una especie de maceta grande, en cuyo interior bailaban las llamas amarillas. Había un reloj y un calendario en la pared. Algunas mujeres mayores y jóvenes vestidas con kappōgui¹⁴ o en delantal iban y venían ajetreadas; algunas estaban sentadas junto al fuego, otras trajinaban para traer pedazos de madera o de papel. Todas ellas parecían de cera. De vez en cuando, las que estaban sentadas junto al fuego echaban unos polvos a las llamas, y cada vez que lo hacían cambiaban el olor y el color del humo. Una mujer con delantal me ofreció media hoja de papel. La acepté, pero no supe qué hacer con ella. Como me vio perdida, dijo con tono antipático: «Ponlo del revés ahí». Señaló el trozo de papel y apuntó con el mentón hacia las manos del anciano que estaba a mi lado. Este sacó de una bolsa de plástico un mochi redondo, lo colocó en medio del papelito y se lo dio a la mujer del delantal. Luego, una joven depositó una fotografía pequeña sobre él. En ella se veía

14. Una especie de delantal tradicional.

a una pareja sonriendo. La mujer del delantal puso el papel con el mochi y la foto en una bandeja y se la acercó a una de las que estaban sentadas junto al fuego. A su vez, esta dejó caer, con ojos medio dormidos, una especie de pegote negro amasado, y con un par de palillos largos llevó una brasa del fuego hasta él. Una llama del tamaño de la cabeza de una aguja se encendió y crepitó durante un instante. Un olor agrídulce se elevó enredado en una fina pluma de humo. La mujer joven y el anciano juntaron las manos, palma contra palma, y susurraron algo. La llama se extinguió enseguida y dejó una pequeña mancha carbonizada en el mochi y en la foto, que ambos recogieron y se llevaron consigo, no sin antes hacer una reverencia de despedida, sonrojados. Llegaron otras personas y se detuvieron junto a mí. El olor del humo me pesaba en el estómago y me sentí mareada. Un hombre de pelo cano colocó sobre su pedazo de papel algo duro y quemado parecido al karintō¹⁵ pero de color ceniza. La mujer del oso señaló la zona del pecho del peluche que llevaba en los brazos y le dijo: «Aquí». Ambos recibieron en sus respectivos papeles una masa negra de moxibustión, que enseguida prendió y formó un hilo de humo. El pedazo duro de color ceniza se movió ligeramente. El pelo del muñeco de felpa se quemó y se desprendió y cayó a los pies de la mujer que lo sostenía. Tenía los ojos inundados de lágrimas. Otros tenían una llave de coche torcida sobre su trozo de papel o un mechón de pelo que se habían arrancado. Algunos solo mostraban la palma de la mano. Todos ellos prendieron fuego a su objeto, vieron cómo se formaba el hilo de humo, cada cual con un olor diferente, y se marcharon.

«¿Y tú?», me dijo irritada una mujer con un delantal que llevaba cosidos unos retazos de colores con las letras del alfabeto. «¿Y tú?» Todo el mundo se giró para mirarme. Incluso la gente

15. Un dulce tradicional con forma de salchicha que consiste en una fritura de azúcar de caña y harina.

que hacía cola al otro lado de la ventana me estaba observando. Me quedé paralizada con el pedazo de papel en la mano, y en ese momento apareció de la nada un pequeño perro negro, levantó una pata y expulsó un chorro de pis caliente sobre mi pie.